

ROSA M. TRISTÁN

MADRID.- Tras un año *horribilis* en el que ha tenido que luchar contra una dura enfermedad, Eduardo Punset ha retomado con ímpetu su vocación de divulgador científico con un nuevo libro: *Por qué somos como somos* (Ed. Aguilar); en él nos explica los mecanismos biológicos que están detrás del comportamiento de la especie humana. «El oxígeno que respiramos, el calcio de nuestros huesos, el hierro de nuestra sangre y el carbono de nuestras células se forjaron hace miles de millones de años en el interior de las estrellas», comienza explicando en sus primeras líneas.

Pregunta.- ¿Para qué es importante conocer por qué somos como somos?

Respuesta.- Lo que he intentado hacer es un labor de síntesis de los últimos descubrimientos sobre cómo funciona el cerebro, la inteligencia emocional. La gente no tiene tiempo para profundizar en cada uno de los temas. Quizás debería llamarse *por qué somos como somos por dentro* y se plantean cuestiones cómo que el miedo afecta biológicamente y puede llegar a interrumpir la menstruación.

P.- Se trata, entonces, de acabar con explicaciones sobrenaturales.

R.- Sí, se trata de ver que lo que nos pasa por dentro no tiene que ver con los malos espíritus, que todo tiene explicación. Se ha descubierto también que los circuitos cerebrales que se activan cuando uno recuerda son los mismos que los de la imaginación. Luego, cuando intentamos prever el futuro, siempre lo hacemos en base al pasado. Y la gente no decide en función de lo que ve, sino de lo que cree. Y no solo eso. Se ha descubierto que cuando el cerebro se enfrenta a una disonancia, algo opuesto a lo que cree, lo elimina, se inhibe aunque sea real.

P.- Por ello hay gente que se inhibe ante avances científicos que van contra sus creencias.

EDUARDO PUNSET / Divulgador científico

«Los monos cambian más fácil de opinión que los humanos»



BEGOÑA RIVAS

«Cuando el cerebro humano se enfrenta a algo opuesto a lo que cree, lo elimina totalmente, se inhibe aunque sea real»

R.- Puede ser. Hemos descubierto que los monos cambian con más facilidad de opinión que los humanos. Tenemos un cerebro que nos lo permitiría, pero no lo hacemos. Nos emperramos y no queremos cambiar de opinión, ni de trabajo;

incluso hay quien no acepta que la Tierra no es el centro del Universo, ni nosotros la cúspide de la pirámide, o que la evolución no tiene un sentido premeditado. Ahora sabemos que la mayor parte de nuestra vida es resultado de intuiciones y

«En el futuro, se podrán mezclar genes y fabricar seres vivos, lo que nos hará más sanos, más inteligentes y más longevos»

que la parte consciente es la más pequeña de la actividad cerebral. El recuerdo y la memoria son las que potencian esas intuiciones. La inteligencia también tiene que ver con el recuerdo, junto a la atención y la capacidad de relacionar cosas.

P.- ¿Somos así fruto de la casualidad evolutiva?

R.- Tiene que ver con la percepción geológica del tiempo. Los circuitos cerebrales, las emociones, son fruto de millones de años de evolución. Sin esa percepción, no se entiende el paso de la reproducción por subdivisión celular a la sexual, que garantiza la diversidad y nos hace renunciar a la inmortalidad porque produce seres irrepetibles.

P.- Menciona que en el futuro el sexo y la reproducción humana se separan. ¿No es antinatural?

R.- Los dos grandes cambios serán otros: uno en materia del cerebro, porque se podrá leer la mente ajena. Otro será que la tecnología, que se modifica a un ritmo geométrico, llegará antes a la sociedad. Ahora un hallazgo tarda 20 o 30 años en llegar a la sociedad, lo que en casos como el cáncer es tremendo.

P.- ¿Cómo seremos dentro de 200 años?

R.- A nivel de la inteligencia individual habrá cambios insospechados, pero a nivel social las innovaciones no se aplicarán con rapidez porque la gente no cambia si algo no le afecta. Por ejemplo, no cambiará su consumo energético hasta que no sufra las consecuencias de no haber cambiado. Evolutivamente lo desconocido es peligroso.

P.- Pues tenemos un futuro limitado...

R.- Lo cierto es que no nos nos movemos hasta no ver las orejas al lobo. Y pa-

sa igual con el el sistema educativo, el político o el energético, aunque vivamos en ciudades como Madrid acosadas por un consumo disparatado. Pero en la perspectiva geológica, estamos adentrándonos en el final del paréntesis darwiniano. Como ocurría hace 2.000 millones de años, ahora volveremos a una situación en la que se podrán mezclar genes y fabricar de abajo a arriba los seres vivos. Será un mundo menos rígido. Eso nos puede hacer una especie más sana, más inteligente, que vivirá más años.